

tener con Francia como el significante de la modernidad global. La distancia entre el valor de la "originalidad" y la "imitación", defendidas por Groussac, y la "apropiación" y "resignificación", propuestas de Darío, evidencia que la naturaleza de la relación cambia el lugar que cada una de las partes ocupa y reconfigura distintos mapas de la modernidad.

En el capítulo que cierra el libro, "Gómez Carrillo Eastbound: Travel, Orientalism, and the Jewish Question", Siskind reconstruye los viajes de Gómez Carrillo y el modo en que la "cuestión judía" interpela en este intelectual modernista una subjetividad ética que desestabiliza, pero no llega a deshacer, la distancia entre él y un "otro" cuya diferencia sigue siendo leída desde el marco del orientalismo (241). Este señalamiento de los límites del cosmopolitismo empático de Gómez Carrillo permite repensar una relación entre política, ética y cosmopolitismo que, desde la reflexión inaugural de Immanuel Kant hasta las intervenciones más recientes de Martha Nussbaum, ha marcado la propuesta de la "literatura mundial" como un proyecto cosmopolita emancipatorio abstracto desligado de coyunturas históricas concretas.

En su consideración de las fuerzas materiales y simbólicas que conforman una cultura literaria que coloca a América Latina en un diálogo transnacional, **Cosmopolitan Desires** propone una forma "global" de mirar los fenómenos culturales pero este impulso no busca una sutura que la establezca en una totalidad cerrada sino que es parte de una ambiciosa lectura móvil y movilizadora. Desde un encuadre deliberadamente abierto, el libro plantea distintos registros de lectura posible: en el marco de la crítica literaria latinoamericana la intervención de Siskind reformula una discusión sobre el papel del cosmopolitismo que había sido de cierto modo ocluido por las intervenciones en torno a la transculturación, al mismo tiempo que recupera las ambigüedades del cosmopolitismo en relación a la construcción de la subjetividad de los escritores modernistas y realiza un aporte a la historia de los intelectuales.

Sin embargo, la mayor novedad de **Cosmopolitan Desires** reside en situar los imaginarios cosmopolitas y sus cartografías globales en el seno de debates actuales en el campo de la "literatura mundial". Al reconstruir los obstáculos de los intelectuales latinoamericanos cosmopolitas, cuyas subjetividades derivan de una situación marginal de enunciación, **Cosmopolitan Desires** permite recuperar toda la sutileza de las mediaciones hegemónicas

que conforman las relaciones de intercambio cultural de la literatura global. A lo largo del libro, el significado de la "literatura mundial" se va redefiniendo como una estrategia discursiva de modernización, un modo de vínculo con la formación histórica y hegemónica de un campo de intercambios simbólicos desiguales, una articulación de un deseo de mundo que apunta a la modernización en términos cosmopolitas y un modo de realización de una subjetividad moderna. En este arco de sentido lo que se propone, entonces, es estudiar la producción hegemónica de la universalidad de la "literatura mundial" conservando, al mismo tiempo, un horizonte de potencial emancipatorio en ciertas prácticas cosmopolitas. Los desplazamientos materiales y simbólicos, los cambios de escala y el tipo de relaciones transculturales detrás de esas prácticas van conformando mundos que, como los mapas con bordes blancos que ilustran la tapa del libro, se superponen unos sobre otros y no permiten suturarlo en una totalidad estable. **Cosmopolitan Desires** no cierra su introducción y cinco capítulos con una sección formal de conclusiones. Al igual que las "imaginaciones espaciales" de los intelectuales estudiados que configuran mapas móviles potencialmente abiertos, la crítica cosmopolita de Mariano Siskind expande el archivo de historias, geografías y prácticas del cosmopolitismo pero deja "bordes en blanco" que invitan al lector a seguir estableciendo relaciones y reconfigurando mapas.

Irene Depetris Chauvin
(CONICET/UBA)

A propósito de Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (Coordinadores), **Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930**, México, El Colegio de México. Universidad de Colima, 2012, 349 pp.

El número 6/7 de **Políticas de la Memoria** publicado en el año 2007 ofreció un *dossier* acerca del antiimperialismo, en donde se presentaba el tema como un "objeto múltiple". Aquellas intervenciones se concentraron en algunas experiencias del antiimperialismo latinoamericano de la década de los veinte, que tenían en común el desplazamiento producido en esos años respecto de los tópicos transitados por el modernismo de principios de siglo. El *dossier* reunía los trabajos de un conjunto de autores que comunicaban adelantos de sus investigaciones sobre un tema complejo, que no había merecido hasta ese momento un acercamiento siste-

mático, capaz de dar con el nudo de problemas que lo hacían, efectivamente, un "objeto múltiple". Dada la centralidad que tuvo y tiene el antiimperialismo en el discurso político-intelectual latinoamericano, podemos considerar llamativa la ausencia, todavía, de una historia del antiimperialismo que permita ordenar el vasto corpus de ideas y experiencias políticas que se nutrieron de esa temática como eje articulador. De allí la estimulante noticia de la aparición de un nuevo libro que reúne una serie de investigaciones sobre distintos pensadores que se ocuparon del tema. Aunque el libro **Pensar el antiimperialismo** no se propone alcanzar una sistematización ni realizar un recorrido exhaustivo sobre las obras que abordan el tópico, ofrece un necesario e interesante acercamiento a las intervenciones de diferentes intelectuales, lo cual permite extraer conclusiones parciales sobre las características, intenciones y temas transitados por el pensamiento antiimperialista entre 1900 y 1930. Aún más estimulante resulta el proyecto anunciado por los coordinadores del libro en la "Introducción", que propone reunir en un sitio *web* las obras de los autores estudiados, y otras vinculadas con los mismos temas, para la consulta de los investigadores interesados. Así, el libro parece ser la primera de un conjunto de intervenciones sobre el antiimperialismo que el grupo reunido en torno del Seminario de Historia Intelectual, radicado en el Colegio de México, se propone llevar adelante o propiciar.

Los artículos compilados por Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas, ofrecen una serie de recorridos sobre obras de autores que, en diferentes momentos de las primeras tres décadas del siglo XX, tematizaron el problema de la presencia del imperialismo norteamericano en América Latina. Se trata de un itinerario que permite mostrar el carácter heterogéneo del pensamiento que puede ser agrupado en torno de la idea del antiimperialismo. Voces dispares, fruto de recorridos intelectuales diferentes, que abrevaban en tradiciones ideológicas contrastantes, son objeto de reconstrucciones enmarcadas en las perspectivas de la historia intelectual; las obras elegidas son testimonios de un período de intensas manifestaciones de una sensibilidad antiimperialista, que brotó fundamentalmente a partir del año 1898, con la intervención de Estados Unidos en la guerra con España. Ese acontecimiento constituye el punto de partida de distintas reflexiones acerca del carácter de la amenaza, que ofrecía también un marco para desplegar miradas introspectivas sobre la identidad de América Latina.

Las primeras reflexiones motivadas por los

hechos del '98 se enmarcan dentro de los temas instalados por el modernismo y el "arrialismo rodoniano"; en el libro, esa variante de la crítica que contrastaba el espiritualismo de la cultura hispano-latina frente al materialismo anglosajón, es estudiada por Paula Bruno a través de las intervenciones de Paul Groussac. El intelectual de origen francés, radicado en Argentina, además de sus conocidas impresiones surgidas de los viajes por el continente, ofreció una conferencia en Buenos Aires, luego publicada, que rescataba la cultura heredera de "la española hidalga de la conquista", en el marco de una tensión pensada como un conflicto entre civilizaciones.

La intención de "arreglar cuentas" con el origen hispano de las naciones amenazadas por la potencia del norte, es uno de los tópicos más transitados por los pensadores de principios de siglo. Esa herencia es muchas veces resignificada, no sólo en términos culturales, sino también étnico-raciales, y reaparece como principio de unidad y de potencia de integración frente a la amenaza del norte. Algunas de esas preocupaciones alimentaban las reflexiones del socialista español Luis Araquistain en sus viajes por las Antillas, reconstruidas por Blanca Mar León Rosabal. En esas inflexiones del pensamiento antiimperialista resaltaba la crítica introspectiva, que explicaba la dominación ejercida por Estados Unidos como resultado de sociedades "débiles", que debían reencontrar su identidad hispanoamericana. Ese elemento podía pensarse como factor de unidad, incluso por pensadores como el argentino Alberto Ghirardo, quien, tal como analizan Alexandra Pita González y María del Carmen Grillo a través del análisis de la obra **Yanquilandia Bárbara** (1929), conjugaba en su advertencia sobre los peligros del imperialismo diferentes (y a veces opuestas) tradiciones, como el modernismo y el anarquismo.

La idea de que en la unidad residía la fortaleza para enfrentar el peligro que representaba el imperialismo yanqui, estaba presente también en la propuesta de Unión Centroamericana de Salvador Mendieta, reconstruida por Margarita Silva. Allí se conjugaban, como en otras obras analizadas en la compilación, perspectivas de regeneración social, que depositaban sus expectativas en el papel de las elites cultivadas.

La inquietud por encontrar una clave de unidad, podía derivar en formulas que, tal como sugiere Fabio Moraga en su estudio de la obra del chileno Edwards Bello, pretendían hallar una fuerza autóctona capaz de oponerse a la

de Estados Unidos. Con esa clave de lectura nacionalista-antiimperialista, Edwards Bello rescataba una identidad "indomediterránea", y buscaba en la figura del líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre, un referente local, acorde con las experiencias del nacionalismo autoritario que emergían en Europa.

Sin embargo, tal como advierte Martín Bergel, el antiimperialismo aprista, al menos en su formulación inicial, abrevaba en una variante del antiimperialismo cultivada por las juventudes latinoamericanas al calor del impacto continental de la Reforma Universitaria. La figura de Manuel Seoane y la referencia a dos textos escritos desde el exilio en la década de los veinte, le permiten a Bergel identificar la conexión del antiimperialismo aprista con el marxismo, que se expresaba en el análisis de los aspectos económicos que entrelazaban el carácter de las oligarquías, el imperialismo y el problema del indio. Esa vertiente del antiimperialismo latinoamericano desplegado en la década de los veinte, en la que se inscribe el aprismo, echará mano de la obra de dos norteamericanos que escribieron uno de los textos más leídos por los pensadores latinoamericanos: **Dollar Diplomacy**, de Scott Nearing y Josep Freeman. Esa obra es restituida por Carlos Marichal dentro de las redes de la izquierda norteamericana, que produjeron una crítica orientada a develar las motivaciones económicas del imperialismo de su país.

Tal como se desprende de los artículos reunidos en el libro, las respuestas ofrecidas frente a la amenaza del imperialismo muestran una serie de posicionamientos que ponen de manifiesto el espacio de articulación de tradiciones y culturas políticas diferentes en el que se desplegó el pensamiento antiimperialista. De allí la dificultad de "atraparlo" en definiciones precisas. Incluso los autores estudiados en la compilación, tal como muestran algunas reconstrucciones como las de Mario Oliva Medina sobre el guatemalteco Máximo Soto Hall, o la de Andrés Kozel y Sandra Montiel sobre el mexicano Carlos Pereyra, transitaron diferentes "momentos" en los que el sentido de su antiimperialismo fue mutando.

En todo caso, frente a este objeto, que vuelve a presentarse "múltiple", podemos proponer dos caminos para extraer del libro conclusiones parciales. El primero consiste en rescatar la propuesta de Kozel y Montiel de ofrecer una tipología del "ensayo histórico antiimperialista", como subgénero del "ensayo antiimperialista latinoamericano". Los autores identifican cinco elementos recurrentes, a partir de la obra **El Mito de Monroe** (c. 1916), de Carlos Pereyra:

- 1) la tendencia al inventario de atrocidades en la denuncia de intervención imperialista;
- 2) el tono oscilante entre la tragedia y el sarcasmo;
- 3) el uso del testimonio del actor imperialista;
- 4) la tensión entre el realismo de la descripción del poderío del imperio y la denuncia moral; y
- 5) la idea de la buena política, recortada frente al victimario. Este listado ofrece un primer intento de definir rasgos comunes presentes en textos dispares.

También, en el camino de identificar características del género, Mario Oliva Medina encuentra dos momentos particulares a través del pasaje de la novela ficcional al ensayo, en la producción intelectual de Máximo Soto Hall. La primera expresión correspondería a un momento inicial en que se agita el temor a la posibilidad de ser absorbido por una cultura o una raza superior, representada en la potencia del norte, en donde los conceptos "imperialismo" y "antiimperialismo" no estaban definitivamente asentados en el repertorio de la época; la experiencia imperial de los años siguientes quedaría reflejada en las modulaciones del ensayo antiimperialista latinoamericano de las décadas del veinte. Con esa reflexión Oliva Medina inscribe la forma de la intervención cultural de los intelectuales latinoamericanos como parte de la experiencia del imperialismo.

Finalmente quisiera recuperar, en el sentido ya mencionado, una de las particularidades del antiimperialismo, tal como es reconstruido en la compilación reseñada: se trata de un espacio que se despliega sobre un entramado ecléctico de referencias y tradiciones. Este aspecto advierte sobre la necesidad de problematizar la recuperación selectiva que ciertos antiimperialismos hicieron de los legados en los que inscribieron sus reflexiones y prácticas políticas; así, deberíamos evitar que la reconstrucción histórica pierda de vista las tensiones, trasvasamientos y heterodoxias del antiimperialismo. Esto supone, sin desconocer las conexiones entre el antiimperialismo latinoamericano de la década del veinte y la de los sesenta, reponer las conexiones entre las experiencias de las primeras décadas del siglo y los populismos de las siguientes, o el desarrollismo posterior. Dentro, y más allá de ese paréntesis establecido, parece haber muchas y variadas formas del antiimperialismo para investigar: **Pensar el antiimperialismo** invita a seguir recorriendo el camino a través de sus huellas.

Leandro Sessa
(IDIHCS-FAHCE-UNLP)